



Domingo IV Cuaresma

La escena de la zarza ardiente tiene un lugar central en la revelación que Dios hace de su identidad misteriosa en el Antiguo Testamento. La revelación del nombre de Dios va precedida de la presencia del signo asombroso de la zarza que arde sin consumirse, con el cual Dios crea el espacio “sagrado”, en el que invita a Moisés a entrar con los pies descalzos, es decir, en actitud de adoración. Y la escena deja claro que es Dios quien toma la iniciativa.

Dios llama a Moisés desde la zarza para encomendarle la misión de sacar a su pueblo de la esclavitud de Egipto y conducirlo a la tierra prometida a Abrahán. La revelación más clara de la escena es **la cercanía y cuidado solícito de Dios** con los descendientes de Abrahán, Isaac y Jacob a los que llama “mi pueblo” y de los que se define como su Dios: “*Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob*”. Otras dos veces se presenta como “*el Dios de vuestros padres*”, que envía a Moisés para librarlos de los egipcios, porque ha visto la opresión de su pueblo, ha oído sus quejas, se ha fijado en sus sufrimientos y ha decidido “bajar” “*a sacarlos de esta tierra, para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel*”. De esta forma Dios comienza a revelarse como el **Dios que padece con pueblo**, porque se identifica con los sufrimientos de su pueblo y tiene compasión. Y así se muestra como **el Dios fiel a la alianza** con Abrahán, que cumple las promesas hechas a “*vuestros padres*”.

Esta descripción que Dios hace de sus sentimientos hacia los hijos Israel y la manifestación de su decisión de salir de su misterio y “bajar” a comprometerse con su vida diaria y con su historia, para abrirle un futuro de libertad y de bendición con abundantes bienes, es la mejor definición del ser del Dios de Israel. Y en el marco de esta **revelación histórica** que Dios hace de su misterio a través de sus obras, está situada en la escena, a petición de Moisés, la otra revelación (metafísica) del nombre de Dios: “*Yo soy el que soy*”; revelación enigmática e inabarcable por necesidad, tanto como es imposible para el hombre la comprensión adecuada del “ser de Dios”, en su misterio personal, al que se refiere el “nombre”. Revelar “*Yo soy el que soy*” o simplemente “*Yo soy*”, es como decir a Moisés no pretendas invadir y dominar mi tierra sagrada, mi misterio que te es inaccesible. Lo que yo soy no puedes comprenderlo; mi rostro no puedes verlo, le dirá más adelante (Ex 33,20). No obstante, “*Yo soy*” significa que Dios es Dios, que es Dios siempre y está presente siempre para salvar a su pueblo y a todos los hombres ayer, hoy y mañana.

El significado de esta revelación del nombre de Dios en la zarza ardiente es interpretado en la segunda parte del libro de Isaías, en el tiempo de la esperanza en un nuevo éxodo, al final del exilio en Babilonia. El profeta ha escrito: “*Yo, el Señor, soy tu*



Dios... eres precioso ante mi, de gran precio, y yo te amo... No temas, porque yo estoy contigo... Vosotros sois mis testigos...y también mi siervo, al que yo escogí, para que sepáis y comprendáis que yo soy Dios. Antes de mi no había sido formado ningún dios, ni lo habrá después. Yo, yo soy el Señor, fuera de mi no hay salvador” (Is 43, 3-5, 10-11).

Según los criterios de aquella época, en el tiempo en que Israel estaba en el exilio, el Dios de Israel era un Dios sin tierra y sin templo y no podía ser adorado, ni siquiera podía ser considerado como un Dios. Pero precisamente en ese tiempo de exilio, Israel había comprendido verdaderamente la novedad y la diferencia de su Dios: Él no era solo “su” Dios, el Dios de una tierra, de un pueblo o nación, sino el Dios del universo, al que pertenecen todos los pueblos, el cielo y la tierra; el Dios que dispone todo; el Dios que no necesita que le adoren ofreciéndole carneros o becerros, sino al que sólo se le adora de verdad obrando rectamente. **Y así encontró su nuevo sentido el “Yo soy” de la zarza ardiente: El Dios que es, que es el único Dios, y que es inefable.**

La zarza ardiente es una figura de la cruz. A la pregunta de los judíos: “*Quién eres tú*”, Jesús responde: “*Cuando levantéis al Hijo el hombre sabréis que yo soy*” (Jn 8, 28). La cruz es la verdadera “altura” a la que es elevado el Hijo del hombre, la altura del amor “hasta el extremo” (Jn 13, 1); en la cruz, Jesús se encuentra a la “altura” de Dios, que es Amor. Allí se le puede “reconocer”, se puede comprender el significado de su “yo soy”, en continuidad con la historia de la revelación de Dios. La cruz es la nueva zarza ardiente en la que se revela la condición de Jesús como Hijo de Dios, que es imagen de Dios y uno con el Padre (cf. Jn 14, 9).

Esta interpretación de la revelación de Dios en la zarza ardiente a la luz de la revelación de Dios en la cruz de su Hijo está autorizada por el texto de la segunda lectura, que nos ha enseñado que las principales actuaciones de Dios en favor de su pueblo “*sucedieron en figura para nosotros*” y, en concreto, ha afirmado que la roca espiritual de la que bebían en el desierto era Cristo.

Pero hemos de tener en cuenta que, en el presente texto, aquellas manifestaciones del poder salvador de Dios son puestas como figuras para nosotros a modo de contraposición entre el comportamiento de los que Pablo llama “*nuestros padres*” y el nuestro propio. A pesar de haber sido testigos de tantos prodigios y de haber recibido tantos beneficios de Dios, la mayoría de ellos no supieron reconocer su significación espiritual y no agradaron a Dios, por lo cual “*sus cuerpos quedaron tendidos en el desierto*”. Así pues, la figura adquiere en este caso el carácter predominante de ejemplo para escarmiento, para que no hagamos el mal que ellos hicieron, y para que no nos creamos seguros de nuestra salvación, sino que tengamos buen cuidado de no echar en saco roto la gracia de Dios y acojamos la llamada a la conversión que nos ha dirigido Jesús en el Evangelio.



El texto del Evangelio de Lucas se encuentra entre las enseñanzas de Jesús en su camino de subida a Jerusalén, para cumplir su misión a través de su pasión, muerte y resurrección. Jesús acaba de pedir a cuantos le escuchan que se ejerciten en discernir los signos de los tiempos, en distinguir por sí mismos lo que es justo (cf. Lc 12, 54-57), y algunos le llaman la atención sobre un trágico hecho de actualidad, semejante a los que suceden también en nuestros días: le cuentan *“lo de los galileos cuya sangre vertió Pilato con la de los sacrificios que ofrecían”*. La mentalidad religiosa de aquel tiempo veía en sucesos como éste un juicio y castigo de Dios por el pecado de las víctimas.

Jesús, por el contrario, interpreta estos hechos desde la recta fe y los presenta como llamada a la conversión. *“Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos porque han padecido todo esto? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo”*. E inmediatamente cita otro grave accidente, el derrumbe de la torre de Siloé que había causado la muerte de dieciocho personas, comentándolo también con estas palabras: *“Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera”*.

En esta vida terrena no existe un castigo de Dios que recaiga sobre los injustos y preserve a los justos, sino que la verdad es muy distinta: todos somos pecadores, tanto el que ha muerto como el que sigue en vida. *“Por lo tanto, el que se crea seguro, cuídese de no caer”*(1 Cor 10, 12). Jesús no tiene intención de atemorizar a nadie, sino que quiere enseñarnos que todo lo que ocurre debe ser comprendido con la profunda sabiduría de la fe: hay que leerlo en el propio corazón, no como la simple crónica de unos hechos, sino buscando su sentido en la historia de la salvación que Dios realiza cada día. Sólo así podrá comprender cada uno, aplicándolo a su vida, que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (cf. Ez 18, 23; 33, 11).

Para que esto quede bien claro, Jesús narra la parábola de la higuera estéril; una parábola vivida por él en primera persona. Dios, el dueño de la viña (cf. Sal 80; Is 5, 1-7), planta en ella una higuera, y va muchos años a buscar sus frutos, sin encontrarlos. Se refiere a los frutos de conversión (cf. Lc 3, 8), que ya había exigido Juan Bautista. Entonces el dueño de la viña se dirige a Jesús, el viñador, pidiéndole que corte esa higuera porque explota inútilmente el terreno. Se trata de una medida de justicia a la que, sin embargo, el viñador responde: *“Señor, déjala todavía este año y mientras tanto yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto en adelante. Si no, la puedes cortar”*.

Jesús no se limita a pedir una dilación, sino que intercede con fuerza pidiendo a Dios que desista del mal con que ha amenazado, como habían hecho los profetas de Israel, desde Moisés (cf. Ex 34, 9) a Amós (cf. Am 7, 2) y tantos otros. Al hacer esto, él se compromete a cuidar con mayor empeño la higuera para hacerla capaz de dar fruto; es decir, se compromete a dedicarnos a cada uno de nosotros todos sus cuidados, para que demos fruto de conversión.



Carlos López Hernández

Jesús exhortó vivamente a la conversión para entrar en el Reino de Dios y consumó su predicación al derramar su sangre para el perdón de los pecados. Así, con su palabra y su entrega, ha abierto plenamente a todos y para siempre la puerta de la conversión al Evangelio de la verdad y del amor, de la gracia y la libertad, de la santidad y la vida eterna, de la paz interior y de la alegría espiritual. Y él mismo nos llama especialmente a cada uno en este tiempo de gracia a producir frutos de conversión.

La experiencia viva del amor misericordioso de Dios y del amor más grande de Jesús, que ha dado la vida por sus amigos (cf. Jn 15, 13), y *“que me amó y se entregó por mí”* (Gal 2, 20), ha de motivarnos cada día suplicar con toda el alma: Señor, enséñame hoy de nuevo con tu Palabra el camino a seguir; dame con la comunión de tu Cuerpo la fortaleza necesaria para volver a comenzar; acompáñame con tu Espíritu en mi proceso de conversión, para que lo viva sin desfallecer, con confianza sin límites en el amor misericordioso del Padre y en el poder transformador de tu gracia.